

**SEMBLANZA DE
SAN BERNARDO ABAD**
Patrón de Algeciras

Jacinto Muñoz Madrid

Algeciras, 20 de Agosto de 2010.

Con la venia, Señor Hermano Mayor.

"Oh Dios, que habéis enseñado a vuestro pueblo los caminos de la salvación eterna por el ministerio del bienaventurado Bernardo, dignaos hacer que, después de haberlo tenido en la tierra como doctor y guía, lo tengamos como intercesor en el cielo."

Rvdo. Cura Párroco.

Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno.

Sres. Concejales del Partido Popular.

Sr. Presidente del Consejo Local de HH y CC.

Hermanos Mayores y Miembros de las Juntas de Gobierno de las Hermandades de la ciudad.

Queridos Cofrades

Señoras y Señores.

Agradecimientos

Al comenzar esta semblanza a nuestro Patrón San Bernardo, quiero manifestar mi más sincero agradecimiento a la Junta de Gobierno de la Venerable, Humilde y Fervorosa Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Caridad en el Misterio de su Sagrada Mortaja, María Santísima de la Piedad, San Bernardo y Santa Ángela de la Cruz, que con el cariño que les caracteriza depositaran en mí su confianza para intentar recordar la figura de San Bernardo, ese gran desconocido en nuestra ciudad, que es nuestro Patrón, y que esta entrañable y admirada Hermandad se empeña año tras año, en darlo a conocer.

Aunque no me considero merecedor de tal honor, haré todo lo posible, pondré todo mi empeño para, por lo menos hacerme acreedor a él, y a nadie defraudar.

Quiero agradecer a mi querido amigo Manuel Sanz, Hermano Mayor de ésta Hermandad, su presentación, sus inmerecidos elogios, así como su aliento y apoyo, fruto todo ello de lo que es evidente, una sincera amistad.

Muchas han sido las dudas y vacilaciones que me han brotado en innumerables ocasiones, desde que el Hermano Mayor me lo propuso. Les confieso que muchas eran las razones por las que sentía la necesidad de aceptar, aunque eran mayores las razones por las que no debía hacerlo, pues no soy escritor, ni orador, ni tengo palabra fácil o elegante, ni inspiración frecuente, ni sentimientos delicados, además ni siquiera soy un gran conocedor de la vida y milagros de nuestro Patrón San Bernardo, por eso aún sigo preguntándome ¿qué hago yo aquí?

Verdaderamente hay que reconocer que evocar, que exaltar a San Bernardo, no se presta a un exceso de sentimientos, ni a un derroche poético, ni siquiera a relatar importantes y conmovedoras vivencias personales del que les habla, pues ha sido el gran olvidado, el gran ignorado durante toda la historia de Algeciras, lo que nos lleva a una posible repetición año tras año. Por ello es mi deseo y mi empeño no provocar en Ustedes un estado que roce el aburrimiento, y sí despertar un cierto interés en la figura de nuestro Santo, pues es verdad que cuanto más se profundiza en su vida y en su obra, cuanto más se le conoce, más admiración se siente, más interés despierta.

Por esa razón vengo confiado en Dios, en el propio San Bernardo y en vosotros mismos en que, luego del final, no tendré que confesar: “me acuso, Padre, de no haber sabido hablar bien de él y de su obra”.

Pero para hablar hoy y aquí de San Bernardo, también hay que hablar de Algeciras y de su gente, y queridos amigos, eso quizás sea aún más difícil.

Podría repetirles una y mil veces, que quiero profundamente a Algeciras; y la quiero en lo que me gusta y en lo que me desagrada, en su inevitable ser y modo: en eso que tiene de rosa y en eso que tiene de espinas.

Quiero a la Ciudad de la Bella Bahía, a sus calles y plazas, a su puerto y a sus playas, a su gente, a esta ciudad que lamentablemente ha perdido y sigue perdiendo parte de su identidad al paso de los años, a esta ciudad que ha dejado y sigue dejando caer edificios representativos para construir sobre sus ruinas otros sin identidad alguna, a esta ciudad que ha dejado y sigue dejando marchar a muchas de sus tradiciones, de sus joyas religiosas y

profanas, a muchos de sus hijos, sin esperar el regreso de nada ni de nadie. Pero también a esta ciudad que se entrega de corazón, que lucha hasta sus últimas consecuencias, que recibe a todos con los brazos abiertos, y que es, por encima de todo, ciudad plural y universal.

Quiero a esa ciudad que en el fondo, a veces muy en el fondo de su corazón, está siempre dispuesta a resurgir de sus cenizas como Ave Fénix, y que algún día volverá a gozar del esplendor y del prestigio que nunca debió perder.

San Bernardo y Algeciras

Ya dijo Ortega y Gasset, y ahora sus palabras lamentablemente cobran gran importancia, que “no se puede escribir la historia de España sin tener en cuenta las corridas de toros”, pues trasladándonos a nuestra ciudad hoy me gustaría poder decir que “no se puede escribir la historia de Algeciras sin tener en cuenta la figura de San Bernardo”, pero tristemente no es así, llevamos muchos años escribiéndola sin contar con él en ningún momento, muchos años en los que nadie se ha preocupado de su figura ni de su obra.

Pero, ¿porqué San Bernardo?, ¿qué relación tiene con nuestra ciudad?, ¿porqué es nuestro Patrón?

La relación histórica-personal de San Bernardo con nuestra ciudad no ha existido nunca, no creo que él tuviera jamás conocimiento de la existencia de aquella Algeciras de comienzos del siglo XII invadida por los árabes, tampoco contamos con leyenda alguna que con el paso del tiempo hayamos podido transformar en historia y que nos haga a San Bernardo merecedor de ser nuestro Patrón, ello es posiblemente el motivo por el que con mucho pesar no existe un gran vínculo entre Algeciras y San Bernardo, entre nuestra ciudad y su Patrón, hecho éste que nos diferencia una vez más de innumerables ciudades y pueblos de España.

Pero todo tiene un porqué, las cosas no ocurren por inspiración o capricho de algún ilustrado. Corría el año 1342 cuando el Rey Alfonso el Onceno sitió la plaza de lo que por aquel entonces se llamaba “Al-Yazirat Al-Jadra” y tras veinte meses de duro asedio, entró triunfalmente en Algeciras el día 28 de Marzo de 1344, Domingo de Ramos,

recuperando para la cristiandad y para el Reino de Castilla la ciudad de la bella bahía. En recuerdo de esta festividad religiosa, mandó el Rey consagrar la mezquita a Santa María de la Palma. El Papa Clemente VI concede una bula mandando que la Iglesia sea tenida por Catedral y se traslade a ella la de Cádiz, creándose el Obispado de Algeciras, que junto con el de Cádiz formarían una sola Diócesis con Sede Episcopal en nuestra ciudad.

El Rey de España por su parte, concedor de la importancia de esta conquista, une su nombre a la corona, titulándose desde entonces y para siempre entre otros títulos Rey de Algeciras.

Transcurridos veinticinco años, nuevamente los moros, capitaneados por Mohamed V de Granada, sabiendo desguarnecida la ciudad, y en represalia por el asesinato de Don Pedro I, su aliado y amigo, atacan y ganan la plaza algecireña en 1369, y poco después, pensando que no podrían retenerla en su poder, la incendian, la arrasan, no dejan piedra sobre piedra, y luego la abandonan...

Así el recinto de la que fue la plaza más fuerte de Andalucía, se vio de pronto convertido en un montón de ruinas humeantes. Sus habitantes huyeron hacia otras ciudades, la catedral volvió a Cádiz, y aquí apenas quedaron unas chozas, refugio de humildes pescadores. Sólo algunos restos de torreones y murallas eran mudo testimonio de su pasada grandeza.

Sobre aquellas ruinas se posó el silencio varias veces centenario, durante el cuál brotó en ellas el matojo y tuvo a la sabandija como única vecina entre sus grietas.

Pero ni los Reyes de Castilla ni los Obispos de Cádiz consideraron caducados sus derechos por el atropello cometido. Los Reyes de Castilla siguieron titulándose Reyes de Algeciras y los Obispos de Cádiz, Obispos de Cádiz y Algeciras.

Algeciras anduvo perdida para la memoria; y mientras esto ocurría, el 20 de Agosto de de 1462, festividad de San Bernardo Abad, la ciudad de Gibraltar fue reconquistada para la cristiandad y para España por Don Alonso de Arcos, alcaide de Tarifa, bajo el reinado de Enrique IV, el cuál concedió diversos privilegios para estimular la repoblación de aquella plaza, uno de éstos fue la entrega a Gibraltar de los términos de Algeciras para su reparto entre los nuevos habitantes de la roca. Y así nuestra ciudad transformó sus ruinas en numerosas huertas y cortijos.

Era costumbre en aquella época consagrar la ciudad reconquistada al Santo del día, en este caso a San Bernardo de Claraval, Padre de la Iglesia, el Dulce Poeta de la Virgen, pues era firme la convicción que su mediación había sido decisiva para llevar a cabo el buen término de dicha gesta. Y Algeciras, al pasar sus términos a la ciudad de Gibraltar, también quedaría bajo la protección de San Bernardo.

Algeciras seguiría en silencio por más de dos siglos, humildes pescadores y campesinos habitan aisladamente sus hermosos campos y playas, seguramente lamentándose de un histórico pasado, un pasado prehistórico, fenicio, romano, cristiano, árabe y nuevamente cristiano; y sin prever el incierto futuro que estaría por venir.

Fue en el año 1690, cuando el Obispado de Cádiz y Algeciras concedió permiso para edificar una humilde

ermita en el Cortijo de los Gálvez, la cuál estuvo consagrada a San Bernardo. Alrededor de ésta Capilla de San Bernardo resurgiría nuestra ciudad tras la invasión de Gibraltar en 1704, y entonces, por los acontecimientos por todos conocidos sería dedicada a la Virgen María en su advocación de Ntra. Sra. del Rosario de Europa. Tan sólo tres lustros fueron los que el templo estaría consagrado a nuestro Patrón. El fervor y la devoción de aquellos primeros moradores, en su mayoría procedentes de Gibraltar, era mayor hacia la Santísima Virgen de Europa que hacia San Bernardo, y dejarían de lado a su Patrón, y nuestro Santo de Claraval sería definitivamente condenado a un ostracismo perpetuo.

Tan era así que en la segunda mitad del siglo XVIII, en aquella Algeciras que ya comenzaba a dar forma de ciudad, que crecía en identidad y en población, que sus raíces estaban fuertemente agarradas a la tierra, la religiosidad popular entorno a las Hermandades comenzaba a tener un auge importante, Algeciras ya contaba con varias Hermandades, algunas de ellas con una numerosa nómina de Hermanos, como fue el caso de la Hermandad de Ntra. Sra. del Rosario de Europa, la más importante de entonces en cuanto a devoción, número de Hermanos y bienes patrimoniales, y la que construyó la actual Capilla de Europa; pero por el contrario no existía ninguna Hermandad dedicada a nuestro Patrón.

Pocas son las Imágenes de San Bernardo que existen en nuestros templos algecireños, y algunas son Imágenes que podríamos llamar “reconvertidas”, pues inicialmente no representaban a este Santo, como es el caso de la Imagen de San Bernardo que se venera en el templo mayor de la ciudad, en la Iglesia de Santa María de la Palma, ya que aunque es incierto su origen, es muy probable que no hace

muchas décadas se venerara en el oratorio existente en el actual instituto de enseñanza media “El Kursal”, siendo entonces una talla de Santo Tomás de Aquino, aunque también existe la posibilidad de que fuera una talla de San Cerapio, santo mercedario venerado en la desaparecida Iglesia del Convento de la Merced, pero en ningún caso una talla originaria de San Bernardo.

Otras imágenes de San Bernardo las podemos encontrar en nuestra ciudad en la Capilla de Europa, en la Capilla del antiguo Asilo de San José, hoy día lamentablemente cerrada al culto y con dudoso futuro, y poco más.

En cambio, si contamos en Algeciras con una reliquia de nuestro Santo Bernardo, la cual se daba a besar todos los días 20 de Agosto en la Capilla de Europa. Tras varios años de incansable insistencia, el recordado y querido Padre Gaona la trajo a Algeciras y la custodió celosamente hasta su muerte. Debo confesaros que actualmente desconozco el paradero de dicha reliquia, aunque supongo que estará perfectamente custodiada por su familia.

Pero sí quiero destacar un hecho que para muchos algecireños pasó desapercibido, y ocurrió en el año 1997. La Hermandad de la Columna, entonces presidida por Andrés Cote, encarga a D. Manuel Salvo, la confección de una escultura en piedra de San Bernardo, para su colocación en la fachada principal de la Capilla de Ntra. Sra. de Europa. Fue el 11 de Noviembre de ese año cuando el Sr. Obispo de Cádiz y Ceuta D. Antonio Ceballos, la bendice solemnemente y unos días después es colocada en la hornacina de la fachada barroca de la Capilla, hornacina que había permanecido vacía desde su construcción en el año 1769, posiblemente esperando su

llegada. En aquellos años noventa, sólo la Capilla de Europa y sólo la Hermandad de la Columna se acordaban de San Bernardo. Y desde entonces podemos contemplar como en la misma plaza hay dos Iglesias, una frente a la otra, el Templo Mayor de la ciudad y el Templo sobre el que resurgió la ciudad, y en las fachadas de ambos templos, frente a frente, los Patronos de la Ciudad, Santa María de la Palma y San Bernardo Abad, ambos custodiando y protegiendo nuestra ciudad, como si al abrazar la Plaza Alta lo hicieran a toda la ciudad.

El desconocimiento, la ignorancia, la desidia y la falta de interés, llega en Algeciras a tal extremo, que el calendario de las llamadas fiestas patronales, concluye el día 15 de Agosto, festividad de la Santísima Virgen de la Palma, Patrona y Alcaldesa Perpetua, cuando sólo cinco días después, la Santa Madre Iglesia celebra la festividad de nuestro Patrón. Quizás este acto que estamos viviendo debería incluirse en ese atípico programa de fiestas patronales, las cuales comenzarían con el Pregón a nuestra Patrona y terminarían con la Exaltación a nuestro Patrón, dicho queda.

Vida de San Bernardo

Pero, ¿quién era San Bernardo de Claraval?,

San Bernardo Abad, es cronológicamente, el último de los Padres de la Iglesia, aunque uno de los que mas impacto ha tenido en ella, pues en el siglo XII, renovó la gran teología de los padres.

Fue el gran contemplativo que llenó todo el siglo XII con obras admirables de apostolado en diversos campos. Fue un alma que vivió en radicalidad su vocación monástica centrada totalmente en Cristo, de la que derivaron sus grandes actuaciones a favor de la sociedad de aquellos tiempos, aquejada de profundas lacras.

Nació en la región francesa de Borgoña, en el año 1090, en una familia numerosa y discretamente acomodada.

Bernardo de Claraval tenía un extraordinario carisma de atraer a todos para Cristo. Amable, simpático, inteligente, bondadoso y alegre. Todo esto junto con el vigor juvenil, le causaba un reto en las tentaciones contra la castidad y santidad. Por eso durante algún tiempo se enfrió en su fervor y empezó a inclinarse hacia lo mundano. Pero las amistades terrenales, por más atractivas y brillantes que fueran, lo dejaban vacío y lleno de hastío. Después de cada fiesta se sentía más desilusionado del mundo y de sus placeres.

Una noche de Navidad, mientras celebraban las ceremonias religiosas en el templo, se quedó dormido y le pareció ver al Niño Jesús en Belén en brazos de María, y que la Santa Madre le ofrecía a su Hijo para que lo amara y

lo hiciera amar mucho por los demás. Desde este día ya no pensó sino en consagrarse a la religión y al apostolado. Bernardo se fue al convento de monjes benedictinos llamado Cister, y pidió ser admitido. El superior, San Esteban, lo aceptó con gran alegría pues, en aquel convento, hacía 15 años que no llegaban religiosos nuevos, y San Bernardo comenzó a hacer un intenso apostolado vocacional. No es fácil encontrar un pretendiente a la vida religiosa que haya tenido la osadía de iniciar una campaña semejante con tan felices resultados. Bernardo la puso en marcha entre sus amigos y parientes, y tales razones les expuso, que arrastraba a todos de manera irresistible. Posiblemente convencer a un amigo puede ser cosa normal y hasta fácil, pero persuadir y arrastrar tras de sí a sus propios hermanos, esto supone unos méritos inauditos. Si ningún profeta es aceptado en su tierra, mucho menos lo es tratándose de las personas allegadas con las que se convive.

Cuentan los grandes teólogos, que en la historia de la Iglesia es difícil encontrar otro hombre que haya sido dotado por Dios de un poder de atracción tan grande para llevar gentes a la vida religiosa, como el que recibió Bernardo. Las mujeres tenían terror de que su novio hablara con el santo. En las universidades, en los pueblos, en los campos, los jóvenes al oírle hablar de las excelencias y ventajas de la vida en un convento, se iban en numerosos grupos a que él los instruyera y los formara como religiosos. Durante su vida fundó más de 300 conventos para hombres, e hizo llegar a la santidad a muchos de sus discípulos. Lo llamaban "el cazador de almas y vocaciones". Con su apostolado consiguió que 900 monjes hicieran profesión religiosa. Gracias a él y a sus compañeros, la Orden del Cister se consolidó y propagó a

la mayor parte de las naciones europeas, hasta el punto de considerarles muchos como el fundador del Cister.

De tal carisma dotó al monasterio de Claraval, que sería durante siglos foco potente de irradiación espiritual, cuyo benéfico influjo se extendió a toda Europa.

Su inmenso amor a Dios y a la Virgen Santísima y su deseo de salvar almas lo llevaban a estudiar horas y horas cada sermón que iba a pronunciar, y luego como sus palabras iban precedidas de mucha oración y de grandes penitencias, el efecto era fulminante en los oyentes. Escuchar a San Bernardo era ya sentir un impulso fortísimo a volverse mejor.

Para San Bernardo, el verdadero conocimiento de Dios consiste en la experiencia personal, profunda, de Jesucristo y de su amor. La fe es ante todo un encuentro personal íntimo con Jesús, es hacer experiencia de su cercanía, de su amistad, de su amor, y solo así se aprende a conocerle cada vez más, a amarlo y seguirlo cada vez más.

Su gran amor, junto al de Jesús, fue la Virgen Santísima, pues no tiene dudas que solo a través de María podemos llegar a Jesucristo, por eso le dedicó sus más bellas palabras; por eso, los que quieren progresar en su amor a la Madre de Dios, necesariamente tienen que leer los escritos de San Bernardo, por la claridad y el amor con que habla de ella.

Él fue quien compuso aquellas últimas palabras de la Salve: "*Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María*". Y repetía la bella oración que dice: "*Acuérdate oh Madre Santa, que jamás se oyó decir, que alguno a Ti haya*

acudido, sin tu auxilio recibir". Con éstas palabras es lógico que el pueblo vibrara de emoción cuando le oía clamar desde el púlpito con su voz sonora e impresionante.

Fue él quien mostró de manera ejemplar la Esperanza y la Alegría de María; él nos hace profundizar, meditar y comprender la Amargura y el Mayor Dolor de María; él nos abre los ojos ante el silencio de las Lágrimas de María en su Soledad al pié de la Cruz, y nos muestra que la Piedad de la Santísima Virgen nos llevará hasta el Buen Fin de nuestras vidas para así poder alcanzar, comprender y gozar la Santísima Trinidad.

San Bernardo Abad, en el nombre de María supo encontrar un verdadero hontanar de gracias, un revulsivo contra todos los achaques de los que está tan atosigada la naturaleza humana, y así, entre otras muchas cosas nos dice:

“Si la sigues no te descaminarás;
si recurres a ella, no te desesperarás;
si en ella piensas, no te perderás;
si ella te tiene de su mano, no caerás;
si te protege, nada tendrás que temer;
si te dejas llevar por ella, no te fatigarás;
si ella te ampara llegarás felizmente al puerto.

Así experimentarás en ti mismo con cuanta razón se dijo: Y el nombre de la Virgen era María”.

Aunque el más profundo deseo de San Bernardo era permanecer en su convento dedicado a la oración y a la meditación, el Sumo Pontífice, los obispos, los pueblos y los gobernantes le pedían continuamente que fuera a ayudarles, y él estaba siempre pronto a prestar su ayuda donde quiera que pudiera ser útil. Con una salud sumamente delicada recorrió toda Europa poniendo la paz

donde había guerras, deteniendo las herejías, corrigiendo errores, animando desanimados y hasta reuniendo ejércitos para defender la santa religión católica. Era el árbitro aceptado por todos. En numerosas ocasiones se le oía exclamar: *“A veces no me dejan tiempo durante el día ni siquiera para dedicarme a meditar. Pero estas gentes están tan necesitadas y sienten tanta paz cuando se les habla, que es necesario atenderlas”*.

Después de haber llegado a ser el hombre más famoso de Europa en su tiempo y de haber conseguido varios milagros y después de haber llenado varios países de monasterios con religiosos fervorosos, ante la petición de sus discípulos para que pidiera a Dios la gracia de seguir viviendo otros años más, exclamaba: *“Mi gran deseo es ir a ver a Dios y a estar junto a Él. Pero el amor hacia mis discípulos me mueve a querer seguir ayudándolos. Que el Señor Dios haga lo que a Él mejor le parezca”*. Y a Dios le pareció que ya había sufrido y trabajado bastante y que se merecía el descanso eterno y el premio preparado para los discípulos fieles, y se lo llevó a su eternidad feliz el 20 de agosto del año 1153, a la edad de 63 años. El sumo pontífice lo declaró Doctor de la Iglesia.

Pero lo verdaderamente grandioso de San Bernardo es que sus palabras son tan actuales ahora como hace nueve siglos. Todas sus reflexiones, características de una persona enamorada de Jesús y de María como San Bernardo, despiertan el corazón aún hoy de forma saludable no sólo a los teólogos, sino a todos los creyentes. Es frecuente ver como se pretende resolver las cuestiones fundamentales sobre Dios, sobre el hombre y sobre el mundo, con las únicas fuerzas de la razón. San Bernardo, en cambio, sólidamente fundado en la Biblia y en los Padres de la Iglesia, nos recuerda que sin una profunda fe

en Dios, alimentada por la oración y por la contemplación, por una relación íntima con el Señor, nuestras reflexiones sobre los misterios divinos corren el riesgo de ser un vano ejercicio intelectual, y pierden su credibilidad. Junto a Bernardo de Claraval, también nosotros debemos reconocer que el hombre busca mejor y encuentra más fácilmente a Dios “con la oración que con la discusión”. Hagamos como él nos dice, sigamos la figura del apóstol Juan y apoyemos nuestra cabeza sobre el corazón de Jesús.

Despedida

Mi querido Hermano Mayor, el año 2007 fue un año muy importante en la vida de vuestra Hermandad, y también fue un año muy intenso emocionalmente en mi vida, un año en el que tuve la desgracia de vivir dos acontecimientos que me han marcado para siempre, la muerte de mi madre, a quien adoraba y adoro profundamente, hecho que ocurrió el Lunes Santo, y la repentina muerte de mi cuñado Andrés mientras hacía el Camino de Santiago, y que ocurrió el mismo día en el que la Hermandad de la Columna me elegía por tercera vez Hermano Mayor. Ambos fueron llamados por el Padre en días muy señalados para mí como cofrade.

Pero también fue un año de importantes y felices acontecimientos, entre los que quiero destacar y compartir contigo alguno de ellos, pues tuve el gran honor de pregonar nuestra Semana Santa, hecho que supuso una gran emoción y responsabilidad para un cofrade y algecireño como yo; y fue el primer año en el que la Hermandad de La Sagrada Mortaja que tú tan dignamente presides, realizó su primera estación de Penitencia a la Iglesia Mayor de Algeciras, Nuestra Señora de la Palma, y tuve la oportunidad de vivir el momento mágico de esa primera salida desde el interior de vuestra Casa de Hermandad, algo que nunca podré olvidar.

Ese es el motivo, y con el temor de que a alguien le pueda parecer inapropiado, por lo que quiero terminar esta humilde y posiblemente algo aburrida semblanza a San Bernardo compartiendo con vosotros las palabras que en aquella ocasión me atreví a dedicarle al Santo Cristo de la Caridad y a María Santísima de la Piedad, Imágenes a las

que sólo ellas y mi corazón saben de la devoción que les profeso.

Decía por aquel entonces:

“Debo confesaros que me produce una gran satisfacción la coincidencia de mi pregón con la primera Salida Procesional del Santísimo Cristo de la Caridad en el misterio de su Sagrada Mortaja, circunstancia que irremediablemente unirá para siempre a este pregonero con la Hermandad, que hará presencia por las calles de Algeciras, para predicar públicamente las mismas palabras de Cristo: “Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a si mismo, tome su cruz y me siga”.

Desde que expiró el Salvador, deseó su Madre bajarle de la Cruz y darle honorífica sepultura, a cuyo fin, dice San Bernardo, extendía sus virginales brazos hasta el llagado. Tres horas estuvo María deseando y solicitando este consuelo, y al fin se cumplieron sus anhelos. Pilatos concede la licencia, y enseguida se efectúa el descendimiento. José y Nicodemo, caballeros nobles y piadosos, con el mayor respeto y veneración colocan a Jesús en los brazos de María. Es un momento en el que las lenguas de los hombres deben enmudecer para venerar en silencio el amargo dolor de María en este trance. Con túnicas de ruan negro y cinturón de esparto, los Hermanos de la Sagrada Mortaja harán su primera Estación de Penitencia a la Iglesia Mayor en absoluto silencio; silencio acompañado por la campana del muñidor, la fúnebre música de capilla, el rachear de los costaleros y el rezo profundo de un espectador anónimo que descubrirá en ese maravilloso conjunto escultórico la importancia de la Caridad de Jesús.

Cristo va a ser arrancado de los brazos de su Madre, en los que permanecería por bastante tiempo, un coro de ángeles ayudará a la Santísima Virgen de la Piedad a terminar la difícil tarea de amortajar el Cuerpo de Cristo con reflejos plateados de luna y ungüentos celestiales.

Tu cuerpo Señor ya baja
y tu Madre te sostiene
para que con Él se llene
la tela de una mortaja.

Paz en la tierra y el cielo,
de un Dios que es Vida y Verdad.
¡Y llora con desconsuelo
la Virgen de la Piedad!.

Muchas gracias.